**Un café de ensueño**

Tomé entre mis manos la lata que guardaba bajo la cama y quitando la tapa me dispuse a contar, billete por billete, hasta dar con la sorpresa de que los números jugaban finalmente a mi favor. Crecí escuchando las historias de mi abuelo Juan, noche tras noche aquellos recuerdos se hacían cuentos y me enseñaban a soñar, mano tras mano de truco y chinchón en las tardes de domingo, el viejo me fue pegando su pasión por el gran Gardel y así, fuimos creciendo juntos en edad, en sueños y en cariño. Me prometió que me llevaría a conocer el “Café Bortoni”, un clásico en sus pagos que fue cuna y testigo de sus mayores aventuras, ubicado en Barrio Monserrat, el café-bar había sido su fiel compañero de juventud. Guardaba una caja de madera con postales, fotografías de sus aventuras, servilletas e incluso un portavaso del lugar. - Un día, vamos a ir a disfrutar de un amargo con medialunas. Mira que ese café no es “moco de pavo”, nene, ese café es el mejor de todos-me decía siempre el viejo. Crecí rodeado de sus historias hasta hacerlas carne en mis sueños, anhelando poder cumplirlos juntos, pero la vida tiene tiempos distintos a los nuestros y el pasado 24 de julio el viejo se fue camino al cielo debiéndome el café con medialunas. Desde entonces trabajo con insistencia, juntando peso sobre peso para hacer de aquel sueño una realidad, promesa que nos hice el día que partió, le dije que iría a visitar el “Café de los Sueños”, donde la magia aflora de las paredes y la historia se detiene para remontar al pasado. Trabajé como mozo en el barcito “La Esquina”, turno mañana, tarde y, a veces, horas extras por la noche, todo por ese sueño, el mío, el del Nono, el nuestro. Llegado el último día de la semana me levanté temprano, bien arreglado y prolijo, “de punta en blanco” como el viejo decía, caminé hacia el trabajo. El viaje a Buenos Aires requería que pidiera el fin de semana libre en el bar y aunque muchas veces, y con anticipación suficiente, le había mencionado a mi jefe mis intenciones de viajar necesitaba el permiso expreso y definitivo. Temeroso pero firme le presenté la solicitud a mi empleador al terminar mi larga jornada laboral. - ¿Y tus tareas quién las cumple mientras vos te vas a pasear? -me dijo con tono molesto y burlón. Su enojo me dejó perplejo y sin palabras. Permanecí mirando al suelo mientras Pedro, mi jefe, seguía esbozando quejas y rezongos. - Vos anda, pero si el lunes no estás en tiempo y forma, ni te aparezcas por acá– sentenció. Con aquellas palabras partí a casa, decaído y pisoteado por la realidad. No podía dejar de recordar las palabras de Pedro, su seño fruncido, sus manos grandes moviéndose de un lado a otro acompañando con ímpetu sus retos. Al llegar mi madre a casa me encontró sentado en la cocina a oscuras, se detuvo en mi semblante para luego consultar el motivo de mí angustia.

- Bares hay muchos, hijito. El sueño con tu abuelo es uno sólo y estás tan cerca –me dijo. Sus palabras, la dulce firmeza de su voz y la luz en su mirada dieron el impulso final que mi corazón necesitaba para tomar una decisión. Esa misma noche tomé mi mochila, las fotos del viejo y saqué el pasaje, partí rumbo a Buenos Aires un par de horas más tarde, llegando el sábado temprano justo a tiempo para un buen amargo calentito acompañado de la satisfacción y plenitud de corazón que un sueño cumplido brinda y de paso así, tal vez, podría sentir un poquito más cerca al Nono que tanta falta me hace a veces. Subí al colectivo y me dispuse a dormir sin pensar que sería molestado por mi vieja amiga: la ansiedad. Si, ella me acompañó fielmente durante todo el camino, rompiendo con el deseo de dormir para que el viaje transcurriese con mayor rapidez. Catorce horas más tarde me encontraba, finalmente, en Retiro lejos de mi querida Córdoba. Me envolvía una cantidad asfixiante de gente desconocida, con rostros preocupados y paso agitado. Todos suben y bajan, corren y saltan. Escucho autos, motos y colectivos que frenan y arrancan, murmullos lejanos con una tonada particular y muy diferente a la mía. Tras pedir algunas indicaciones, un poco perdido, pero no desubicado, emprendo el tan ansiado camino hacia el “Bortoni” donde me espera una humeante tacita de porcelana con el mejor café del mundo, como el viejo le decía. Camino con paso rápido, agitado hacia la salida, veo un taxi y me subo. ¡Allá Vamos! Por fin, Barrio Monserrat, es inevitable no tomarme unos minutos para cerrar los ojos y pensar en el viejito querido, ese, que tanta pasión por Buenos Aires tenía. Mi respiración se agita, paso a paso me acerco a mi destino. En mis ojos se refleja su fachada: “Café Bortoni”, sin perder el tiempo doy un respiro profundo que se transforma en un hondo suspiro y tomo la puerta entre mis manos, la abro y paso. Soy recibido por un hombre mayor, su voz grave me invita a pasar, con la mirada tranquila y su mano firme me señala una de las mesas en el centro del lugar con un pequeño calendario en ella. Veo mesas vacías, mucha soledad. El reloj de pared se encuentra congelado en las dos de la tarde, me acerco al calendario: 24 de julio de 2017. Nuevamente me encuentro con el hombre mayor de ojos azules. - El señor lo espera- dice señalando una de las mesas del costado. Con los ojos muy abiertos volteo a mirar, un hombre grande y de traje está sentado en aquella mesa, lee el diario. Sin dudarlo, tomo otra bocanada de aire y me acerco. - ¿No te dije que íbamos a tomar juntos un cafecito por acá, nene? – me dice una voz tan familiar como querida detrás del diario que comienza a ceder dejando al descubierto el rostro del Nono Juan, que me mira con su pícara sonrisa para luego ponerse de pie. Un abrazo cálido nos reúne, abuelo y nieto, alumno y maestro, juntos de nuevo. Un camarero joven se acerca con dos tazas de humeante café, de pronto todos aquellos personajes que por allí pasaron, esos de los que el Nono me habló, retratados en las fotografías de las paredes se hacen carne, saliendo de sus cuadros para sumarse a esta tarde mágica de café y recuerdos.

Todos mis sentidos se concentran en los relatos de mí abuelo, en el movimiento de sus manos, en el tono de su voz, en el brillo de su mirada, tanto pero tanto me concentro que olvido tomar el amargo que con tantas ganas había venido a buscar, tomo el pocillo entre mis manos, está frío, el camarero joven reaparece en escena, como si hubiese escuchado mí pensamiento, y retira el café de la mesa prometiendo regresar pronto con uno caliente. Los relatos y recuerdos seguían hasta estar cercano el final, ese que ya me sabía de memoria. - Nono, ¿Qué pasa con el Maestro? - pregunté impaciente. - Tranquilo, nene. La noche es joven, como nosotros- respondió entre risas. Llegado el momento, el viejo se incorporó, miró hacia un escenario ubicado en el rincón derecho del salón, donde un bandoneón comenzó a sonar tras el enorme telón de terciopelo rojo que se fue levantando hasta dejarlo en evidencia a él, Carlitos Gardel. - Tu maestro, nene- me dijo con una sonrisa mientras lo señalaba. En ese preciso momento me levanté de la silla, lo miré a los ojos y muchas escenas de mi infancia aparecieron en mi memoria de un modo fugaz, rápido pero profundo, dejando sellada a fuego una verdad, en mi corazón y en mis recuerdos. - Vos sos el maestro, viejo. Vos sos mi Gardel – le dije al oído al Nono mientras lo abrazaba con fuerza. - Dale, nene. Tomate el amargo que se te enfría- respondió pícaro. Abrí los ojos y ahí estaba, sentado en el Bortoni con una taza de café entre mis manos. Miré el reloj, las dos y quince de la tarde. Me acerqué al calendario: 15 de noviembre de 2017. Pensé una vez más en el viejito antes tomar el café, absorbí con suavidad el vapor que expulsaba la infusión para acto seguido saborearlo cuidadosamente. Alejé el pocillo de mis labios y me percaté de un mensaje escrito detrás de la servilleta con el logo del lugar y una pequeña mancha de café. “El mejor de todos, nene” – decía en elegante letra cursiva. Terminé el café con medialunas y me acerqué al libro de visitas para dejar un humilde mensaje: “El mejor de todos, viejo. El mejor de todos”.